

El hombre civil

ENRIQUE OLAYA HERRERA*

Discurso al presentar el busto de Santander en el lugar destinado a Colombia en la Galería de Próceres representativos de cada una de las repúblicas que forman la Unión Panamericana, en el palacio de ésta, en Washington. (4 de enero de 1923).

Señor Secretario de Estado; señoras y señores:

A nombre de la República de Colombia tengo el honor de entregar el busto del General Francisco de Paula Santander, destinado a ocupar puesto en la galería de próceres y grandes figuras del continente americano que simbolizan en este recinto la gratitud de los pueblos en donde nacieron y a cuya grandeza y libertad consagraron su vida. Un grupo de colombianos, rindiendo culto a las glorias patrias y a las de América, ha ofrecido a mi Gobierno el busto de Santander, y un escultor, hijo de España, ha grabado en mármol los rasgos del héroe de la independencia colombiana a quien rendimos en esta ocasión el homenaje que los pueblos deben a sus servidores eximios. Lleva así la apoteosis el doble signo de un tributo de sus compatriotas interpretado por el arte de un hombre de su raza. Y es una feliz coincidencia

* Fue Presidente de Colombia. Ministro. Embajador. Parlamentario y Periodista. Realizó una obra muy importante en el campo de las relaciones internacionales. Se le consideró uno de los grandes oradores.

que el busto del estadista colombiano Francisco de Paula Santander, encarnación de respeto al derecho y el culto a la ley, sea recibido por vos, señor Secretario de Estado, cuyas insignes ejecutorias de Magistrado han sido ganadas en el noble campo del derecho humano que imparte la justicia, aplicando las leyes ordenadas por la voluntad nacional.

Perteneció Santander a la generación privilegiada que surgió a la vida política en la América Española a principios del siglo XIX, para laborar, combatir y vencer en defensa de los más altos principios. Esa lucha la halló apenas concluída su vida de estudiante, y desde la primera hora el esfuerzo de su brazo estuvo al servicio de los ideales de la libertad que constituyeron la más cara inspiración de su espíritu. Intelectualmente se formó en las aulas del colegio de San Bartolomé, a la sombra de cuyos muros seculares se nutrieron muchas de las inteligencias que impulsaron el gran movimiento de la emancipación. Las multitudes tuvieron entonces, ciertamente, el claro instinto de su independencia, y para lograrla escribieron, llevando a la cabeza iluminados y heroicos conductores, páginas admirables de historia militar evocadas aun hoy con aplauso por los comentaristas de la vida americana que han fijado su atención en los grandes sucesos de aquella época. Empero, hay en esta lucha una característica de la cual es ejemplo el estadista en cuyo honor nos hallamos congregados. Fue el aporte que los hombres jóvenes salidos de los institutos universitarios prestaron al glorioso movimiento. Ellos llevaron por dondequiera, con su palabra y con su pluma, el fuego de las grandes reivindicaciones populares. Ellos le ofrecieron sus existencias en holocausto, sin trepidar ante los sacrificios supremos. Ellos fueron sembradores de la idea nueva que surgió al fin victoriosa en campos de guerra al conjuro irresistible de los jefes de ejércitos libertadores que por sus varoniles virtudes supieron mostrarse dignos hijos de la raza a la cual pertenecían.

Cuando llegó la hora de coronar con el esfuerzo bélico la propaganda idealista, estuvieron prontos a cumplir todo lo que de ellos exigía el deber. Santander se mantuvo a toda hora en la brecha, sin reposo ni descanso. Alternó en las noches de campamento con aquellos guerreros indomables que eran los hijos de Llano, los de aquellas épicas cargas de caballería que arrancaron voces de admiración a los contendores que con ellos partían el sol y cuyos laureles habían sido conquistados en las grandes acciones de las guerras napoleónicas. Sintió la emoción deliciosa del peligro arrostrado en servicio de la causa que mereciera la adhesión de su espíritu y el fervor de su corazón. Con ánimo imperturbable estuvo presente en la hora de los

reveses, y presencié las consagraciones del triunfo. Con Bolívar —el Gran Genio de la Emancipación suramericana— preparó los planes de guerra que culminaron en la batalla de Boyacá, primer capítulo en una serie de victorias para las armas republicanas y página inicial de los acontecimientos que transformaron el destino del Nuevo Continente. Santander, digámoslo en una sola frase que resuma su elogio, mereció como hombre de guerra el bronce elevado a su memoria por los legisladores de su patria y el mármol que aquí —en esta fiesta panamericana— vamos a descubrir como nueva consagración de su gloria.

Pero con ser grande esta faz de los nobles méritos de su vida, no es la única que podemos señalar al ejemplo y a la admiración de la posteridad. El éxito militar abrió espléndidos horizontes a las armas de la independencia. Llevando como aliada a la victoria, Bolívar recorrió, segundo laureles, el territorio de cinco repúblicas. La obra de organizar el gobierno quedó en manos de Santander. Lo que fue su labor admirable en la obra de formar legiones, disciplinar soldados, levantar recursos, crear esos admirables regimientos que fueron hasta Ayacucho y Junín, resulta elocuentemente con la simple lectura de los documentos históricos que describen aquella época magnífica de su vida. Y al lado de esta gigantesca empresa otros esfuerzos no menos poderosos debían cumplirse. Todo estaba por hacer en pueblos que apenas recibían el don magnífico, pero lleno de responsabilidades y deberes, del gobierno propio. Formar la hacienda, orientar la política exterior, trazar los rumbos del progreso material y de la educación popular, organizar la justicia dentro de un concepto republicano y democrático. Todo eso y mucho más comprendía el vasto campo de problemas abierto ante la nueva nacionalidad. A todos ellos supo imprimir Santander el sello de su pensamiento superior y de su reflexión vigorosa. Tenía sólo veintisiete años de vida, pero como una confirmación de que cada época histórica produce hombres de talla igual a la altura de las circunstancias dentro de las cuales han de desarrollar su acción, Santander mostró desde un principio que estaba hecho con la madera de que se forman los verdaderos conductores de pueblos. Y fue desde la primera hora, hombre de gobierno y estadista experto. Hombre de gobierno fue, porque sabía encauzar los ideales por la senda no siempre fácil de la realidad. Hombre de gobierno, porque supo juntar el concepto de la libertad ciudadana con el de la disciplina y el orden que son condiciones de vida para toda democracia. El príncipe Pedro Bonaparte, que militó a su lado y le conoció en momentos prósperos y adversos, escribió, refiriéndose al estadista colombiano: “He

tratado muchos jefes de gobierno y cabezas de monarquía, y puedo asegurar que no he conocido ninguno en quien la naturaleza hubiera impreso con caracteres tan fuertes el don de mando como en el General Santander". Servía al pueblo, pero no le lisonjeaba. Era un servidor desinteresado de la democracia, más su temperamento y su carácter le mantuvieron siempre lejos de toda inspiración dogmática. Su constitución espiritual le muestra en la paz como en la guerra, con el aspecto de la más perfecta austeridad. Sus mensajes son papeles de Estado: nunca faltos de entusiasmo que es don de las persuaciones hondas y sinceras, pero animados por el razonamiento y el análisis sobre los cuales fundaba los actos de su vida y los consejos para su pueblo. Tenía la dignidad del mandatario que representa la majestad nacional y la modestia de quien sabe que un ciudadano colocado en los altos puestos de gobierno es mero servidor de las aspiraciones de libertad de su país. Ante su mirada estuvieron siempre presentes las responsabilidades históricas, y en los más graves conflictos poseyó todo el valor civil necesario para asumirlas. Rechazaba para juzgar sus actos, las armas que contra él esgrimía la pasión, pero la lisonja no melló el oro finísimo de su idiosincrasia.

Dirigiendo los destinos de la República por una larga etapa, se mantuvo siempre fiel al cumplimiento de las leyes expedidas por los representantes del pueblo, y ese sentimiento marca, por decirlo así, la temperatura moral de su vida. Bolívar le bautizó el *Hombre de las Leyes*, título que en justicia le ha confirmado la posteridad. Ese acatamiento a las leyes aparece de continuo no sólo en sus mensajes de gobernante sino de todo el curso de su correspondencia personal y política. Por este bello aspecto de sus convicciones, ejecutó actos y escribió páginas que, como las de otros grandes hombres, merecerían las consagraciones del mármol. "Las armas os han dado la independencia, las leyes os darán la libertad", decía en 1821 como jefe de gobierno, y en época de doloroso conflicto exclamaba: "Yo soy amigo de las leyes por convencimiento y las sostendré como ciudadano; soy militar y debo sostenerlas en calidad de tal; soy el primer Magistrado de la República, y mi deber es morir en la demanda sosteniendo el régimen constitucional". Había ceñido la espada para defender a su pueblo, pero en más de una solemne ocasión practicó aquel principio de libertad y sabiduría que el pueblo de América ha colocado como inscripción que presidió el homenaje a sus muertos ilustres en el gran monumento de Arlington: fuimos soldados sin dejar de ser ciudadanos.

Ese respeto a la legalidad formó escuela y penetró en el alma de la nación que tiene la honra de contar a Santander entre sus hijos

ilustres, y esto sólo bastaría para recomendarle a la gratitud de las generaciones colombianas. El concepto de la ley, inflexible como amparo de la libertad y de la justicia, lo proclamó Santander en la infancia de la República, con la más firme consecuencia, y por ser así abrió el surco en la constitución espiritual de su patria. Sobre esa base ha podido florecer la equidad y fructificar la conciliación entre todos los hijos de Colombia. Cada día que pasa habrá de hacer más fecunda esa semilla, y en esta hora en que la nación decreta regocijada la fiesta de la paz para conmemorar el día ya lejano en que toda guerra civil quedó extinguida, deberán sentirse regocijadas en su sepulcro las cenizas de Francisco de Paula Santander, que eso fue lo que para su patria quiso aquél ilustre héroe: la paz dentro de la ley, el servicio del derecho.

Señor Secretario de Estado, señores:

Los muros de este edificio, elevados para cultivar nobles y trascendentales aspiraciones de amistad entre las nacionalidades del Nuevo Mundo, han sido y serán testigos de grandes iniciativas en servicio de la justicia internacional y de la grandeza de los Estados. Cerca de aquí, al alcance de nuestros ojos, se levantan los monumentos de Washington y Lincoln como una perpetua proclamación de las inmortales obras que los espíritus escogidos pueden realizar en bien de la humanidad. Ningún sitio más adecuado que este para congregar las grandes figuras que han hecho la historia de las Américas. Colombia entrega, con regocijo y orgullo, el mármol que perpetúa el perfil sereno y enérgico de Santander, porque fue uno de sus hijos predilectos que sirvió con sus méritos eximios las nobles causas por las cuales se levanta, ahora y en el porvenir, la fraternidad de todos los pueblos del continente americano.